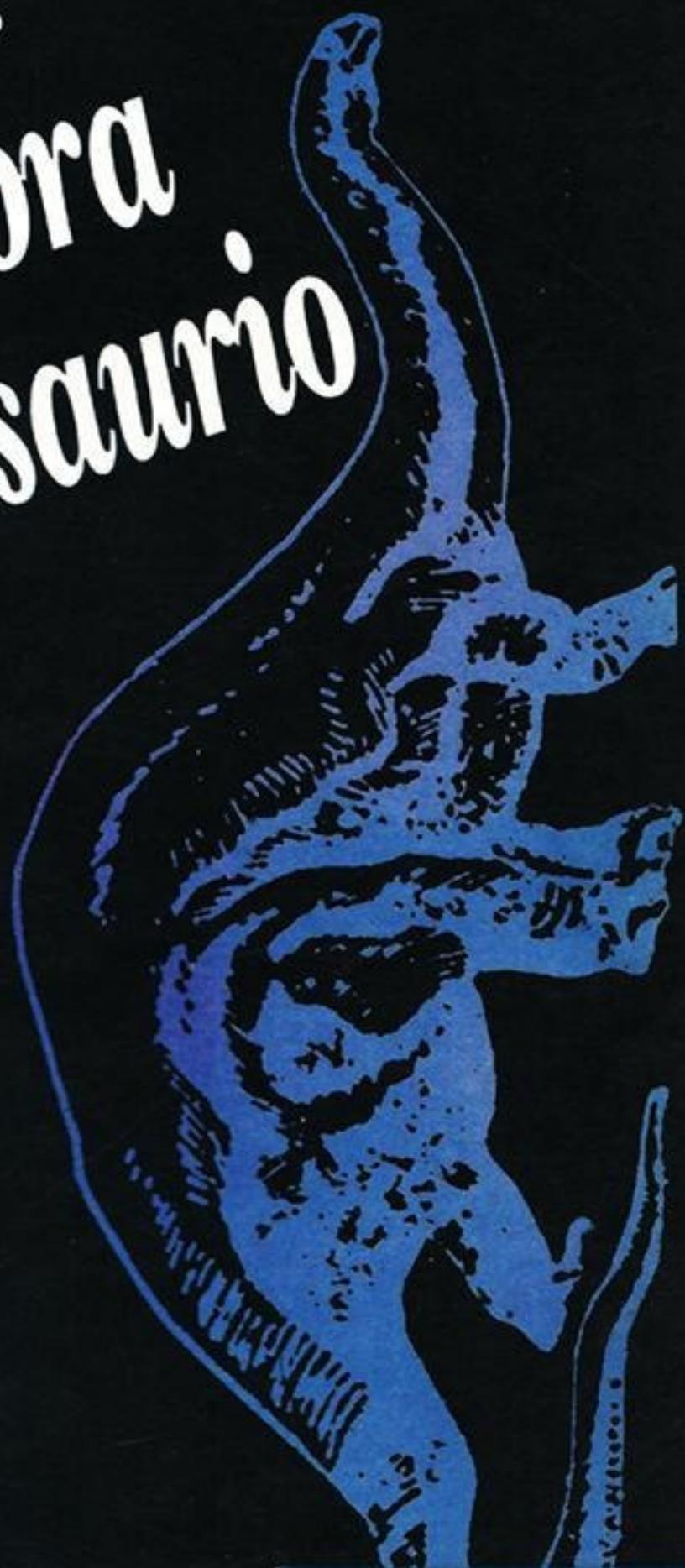


PABLO DE SANTIS

La sombra del dinosaurio



Lectulandia

Julián busca las pistas que lo lleven a los fósiles del legendario animal, movido por una curiosidad apasionada e inexplicable que lo acompaña desde la infancia. ¿Pero dónde buscar? ¿Tiene que seguir ese camino que termina en La Sombra? ¿Hay algo de verdad en esas cartas ajadas por el tiempo que hablan del último dinosaurio?

Lectulandia

Pablo de Santis

La sombra del dinosaurio

ePub r1.0
lenny 25.09.15

Título original: *La sombra del dinosaurio*
Pablo de Santis, 1992
Ilustraciones: Fabián Slongo
Retoque de cubierta: lenny

Editor digital: lenny
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

"Dónde buscar
dinosaurios?
En el sur.
En los museos
vacíos. En Los
picapiedras. En el
Valle de la Luna. En
El Mundo perdido
en Canadá. En las pe-
liculas de ciencia
ficción de los 50'.
Y en esta novela".

Pablo de Santis.

Para Paulo y Francisco

PRIMERA PARTE

Últimas cartas de Augusto Balmes

Esta es la historia de Julián y los dinosaurios. Claro que cuando Julián cumplió 18 años, los dinosaurios ya se habían extinguido, nadie sabe muy bien por qué. (Por comer plantas envenenadas. Por cambios de clima. Por hambre. Porque algún flautista descomunal los llevó a ahogarse en los lagos. Porque no entraron en el arca el día del diluvio).

Julián no podía encontrar ninguna explicación a su amor por los dinosaurios. Era tan viejo como él. De chico tenía la costumbre de jugar con dos dinosaurios de plástico, uno verde y uno rojo. Los hacía combatir contra una multitud de soldados diminutos que querían cazarlos para hacer con su piel carteras y zapatos de mujer e invadir el mercado mundial. Eran treinta soldados armados con ametralladoras, con granadas, con bazookas, y morían todos. A veces Julián reconocía, algunos rasgos de sus muñecos en las películas japonesas de ciencia ficción que daban en televisión los sábados. Los monstruos emergían del mar, aplastaban edificios, atrapaban algunos autos para comerse a los conductores, pisaban a los fugitivos rezagados y mataban a varios miles de ciudadanos honestos. Después venía otro monstruo, pero bueno, que se encargaba de tirar a su enemigo en una grieta o en la boca de un volcán. Julián encontraba estas películas enormemente divertidas.

El padre de Julián era dueño de cuatro taxis y manejaba uno todas las tardes. A veces lo hacía también de noche. Como Julián debía algunas materias de secundario, y no podía todavía entrar a la facultad, el padre le propuso que trabajara.

—Podría aprender a manejar. Así estudio de día y manejo el taxi de noche.

—No —dijo el padre—. Cualquier cosa menos tener el taxi a la noche. Es increíble las cosas que se ven. El otro día levanté a un tipo que me hizo pasearlo por la ciudad, mientras miraba por la ventanilla. Le pregunté por qué gastaba tanto por ese paseo y me dijo que viajando en taxi de noche veía en las esquinas a gente que había muerto. Él los saludaba pero no lo reconocían. Ayer entró a las tres de la mañana una mujer con una valija, se desnudó, se puso otra ropa, y después salió corriendo sin pagar. Se olvidó un zapato, como la Cenicienta. Esas son las cosas que pasan de noche.

—Trabajo de otra cosa entonces —dijo él—. Algo se me va a ocurrir. Después quiero estudiar paleontología.

—Es una buena elección —dijo el padre—. Hay una gran demanda de paleontólogos.

—No me gusta ninguna otra cosa que los dinosaurios —dijo él.

—¿Cuánto hace que se extinguieron?

—Sesenta y cinco millones de años, más o menos.

—¿No podrías estudiar algo más reciente?

Con la plata que le regalaron para su cumpleaños número 18, Julián compró una iguana. Era lo más parecido a un dinosaurio que había encontrado. La tenía en el fondo del jardín y le gustaba mirar cómo el animal se quedaba inmóvil, al sol.

Se la mostró a Cecilia, su novia, y ella gritó.

—Tranquila, no hace nada —dijo él.

—¿Por qué no te compraste un perro o un gato, como todo el mundo?

—Prefiero la iguana. Salgo al jardín y me parece que estoy en la selva.

—¿Cómo se llama?

—Godzilla. Es el nombre de un monstruo japonés.

La iguana sacó la lengua como un látigo y tragó algo.

—¿Qué le das de comer? ¿Galletas para perros?

—No, come insectos. Se arregla ella sola. Puedo llevarla a tu casa, para que termine con las cucarachas.

—En mi casa no hay cucarachas. Creo que se las comieron las hormigas. Mamá tira todos los días algún veneno nuevo. Un día nos va a matar a todos. Dice que la casa la construyeron arriba de un hormiguero gigante. Si llevo a tu iguana las hormigas se la comen.

Cuatro semanas después de la compra de la iguana, cuando estaban abrazados sobre el sofá del comedor, con el televisor encendido pero sin ningún programa, Cecilia le dijo que iría a estudiar un tiempo a los Estados Unidos.

—¿Cuánto tiempo? —le preguntó él.

—No sé. Tengo una amiga en Boston y me invitó. Mi familia quiere que sepa bien inglés.

—¿Pero es por mucho tiempo?

—No sé. Unos meses. Depende de cómo me vaya.

—¿Y nosotros?

—Hace tres meses que somos novios. No es tanto tiempo.

Julián se quedó mirando la pantalla vacía. Imaginó que daban una propaganda. Una ciudad prolija. Universidades rodeadas de césped. Visite Boston, la ciudad de las oportunidades. Mañana puede ser demasiado tarde.

Apagó el televisor.

—Podés trabajar y juntar plata para visitarme. A lo mejor hasta podés quedarte a vivir allá. —Después cambió de tono, como si se hubiera entristecido de golpe—: Te voy a extrañar, pero si quiero viajar, tengo que hacerlo ahora. Yo soy de esas personas que a los veinte años ya se sienten viejas.

Lloró mucho contra su hombro, y él la consoló, pero no sabía muy bien de qué la estaba consolando.

La noticia de la partida de Cecilia lo dejó con menos ganas todavía de buscar trabajo. De todas maneras, día por medio compraba el diario, marcaba con un círculo los avisos clasificados que necesitaran gente sin dominio de ninguna habilidad, sin experiencia, sin títulos, sin vocación, sin nada en particular, y hacia allí iba. Era fácil encontrar el lugar, porque siempre había cola. En el diario nunca se aclaraba muy bien de qué se trataba. A veces eran inmobiliarias que necesitaban vendedores. Otras veces buscaban cadetes o encuestadores. En un edificio casi desierto, cerca de Plaza Once, le ofrecieron vender un manual de espiritismo a domicilio.

—Usted abre la puerta y mientras explica de qué se trata, echa una mirada hacia el fondo, como si estuviera mirando a alguien —le dijo un hombre gordo, vestido con un traje verde, una camisa rosa y un moño amarillo—. Si le preguntan qué le pasa, explica: dice que hay una presencia, pero no sabe muy bien de quién se trata. Eso lo va a intrigar al cliente, entonces usted le dice que en el libro está escrito el método para hablar con el espíritu.

Julián quiso hacer la prueba, dejó sus datos y se llevó varios libros. Salió a tocar timbre. En varias casas lo confundieron con un ladrón y amenazaron con llamar a la policía. En otra una mujer, al ver sus miradas y sus gestos, creyó que se trataba de un tic y le dio la dirección de un médico. En la última casa que fue, antes de aceptar que ése no era el camino que le convenía, el hombre, al ver su pantomima y escuchar su explicación, le dijo «¿Usted también lo ve? Es el espíritu del tío Ernesto. Vivió acá antes, y cada tanto vuelve, de visita. Pero no necesito el manual, muchas gracias, no sabe lo aburrida que es la conversación del tío Ernesto.»

Dicen que en toda familia hay un genio y un tarado, y que a uno le toca ser lo uno o lo otro por azar. La frase, por supuesto, es figurada, pero, haciendo esta salvedad, digamos que a Julián no le había tocado el rol de genio.

A su hermana sí. Era la mayor, tenía 20 años.

Un día había acompañado a una amiga a una prueba en la televisión. A la amiga la habían rechazado, pero a ella la aceptaron. Eso fue un obstáculo insalvable para esa amistad.

Eugenia trabajaba en un teleteatro. Hacía el papel de la hija de la protagonista que, por supuesto, no sabía que ella era su hija. Su padre era un multimillonario que había comenzado arreglando ventiladores para terminar como dueño de una fábrica de helicópteros. Eugenia se enteraba de que era su padre recién en el final.

La hermana de Julián se había ido a vivir sola, porque en la televisión le pagaban muy bien. Los domingos iba a comer con la familia. En general se peleaba con Julián porque criticaba la telenovela.

—Yo trabajo, me mantengo, mirate a vos. ¿Qué hacés? Nada.

—Es mejor no hacer nada que estar en televisión —decía él, no muy convencido.

Su madre solía cortar las conversaciones.

—Nena, el otro día leí en una Radiolandia que estabas saliendo con un galancito. Se te veía muy sonriente, en una foto, con él.

—Nada que ver, mamá, un poco de promoción, nada más.

—Todo sea por tu trabajo.

—Ya te vas a poner contenta, cuando me veas en una película. El otro día me ofrecieron un papel.

—¿En serio? —preguntó el padre—. ¿Cómo se llama?

—«Las noches ardientes del Hotel Champagne». Pero no sé si voy a aceptar.

Nadie preguntó cuál era el argumento.

Dos veces por semana Julián iba a trotar al Parque Centenario. Se ponía un viejo jogging desteñido que le había quedado del colegio y daba dos vueltas alrededor de la plaza. A veces se detenía a mirar los puestos de libros usados, y si tenía plata, compraba alguna novela policial o viejas revistas de historietas. Una mañana, revolviendo un cajón, encontró «El mundo perdido», de Arthur Conan Doyle. Lo había leído de chico, en la colección Robin Hood que le había pasado su padre, pero se había perdido en una mudanza. La novela recuperada contaba las aventuras de un grupo de científicos que encontraba en el siglo XIX una zona de la tierra que permaneció aislada del resto del planeta, congelada en el cretácico superior, habitada por especies extinguidas. Al leer el libro de tapas amarillas Julián pensaba que su lugar ideal, su paraíso terrenal, no era una isla de los mares del sur, ni una cabaña en un bosque, junto a un lago, ni un palacio oriental, sino algunas hectáreas de selva, olvidadas por el tiempo, de la época en que los continentes estaban unidos unos con otros, antes de repartirse los océanos y el mundo.

De vez en cuando entraba en el Museo de Ciencias Naturales. Paseaba por las salas mirando las arañas y las serpientes en sus frascos de formol. También había animales embalsamados, que no le gustaban: le parecía bastante horrible ver pájaros con las alas desplegadas, un halcón cazando una rata, un armadillo mirando a un cuis con sus ojos de vidrio, todos, interpretando la obra «Estamos todos vivos», pero muertos y rellenos de trapo. También había cajas con mariposas de colores, clavadas con alfileres. Pero lo único que le interesaba eran los dinosaurios.

Un jueves de marzo fue hasta la sala de sus animales favoritos con una duda que era una decepción apenas encubierta. Había leído en un libro, el día anterior, que en los museos no se solían exhibir más que réplicas, mientras que los verdaderos huesos estaban guardados lejos del público. Aquellos dinosaurios, sin embargo, le parecían reales. Por otra parte, si aceptaba que esos huesos de millones de años de antigüedad sólo eran piezas de yeso o de fibra de vidrio fabricados seis meses atrás, entonces todo el museo sería para él un gran escenario teatral: falsas serpientes inútilmente guardadas en formol, mariposas de papel de seda, arañas de terciopelo negro, actores

disfrazados de ordenanzas, de científicos, de visitantes asombrados.

Junto a él pasó un hombre de guardapolvo blanco, que llevaba lentes al cuello. Parecía preocupado por algo y mantenía una intensa discusión con alguien invisible. Tenía el guardapolvo manchado de gris y azul. «Quizás sea un taxidermista» pensó Julián «y ahora mismo acaba de dejar sobre su mesa de trabajo algún animal abierto, eviscerado». Los taxidermistas le parecían una raza de psicóticos amparados por los museos de ciencias naturales y los cazadores de liebres y perdices.

—Este dinosaurio... ¿es real? —le preguntó Julián, interrumpiendo la conversación entre el hombre y nadie.

—No, es una réplica —respondió el otro, sin interés.

Julián hizo un gesto de decepción.

—¿Y dónde está el real?

—Está desarmado, en una sala.

—¿Puedo verlo?

—No, no se puede pasar. Reservado para paleontólogos.

El hombre siguió de largo.

Julián volvió a encontrarlo en otras visitas al museo. Al cabo de un tiempo probó saludarlo; el hombre accedió a responderle el saludo, interrumpiendo otra de sus conversaciones.

—¿Qué hacés siempre acá? —le preguntó un día—. Yo tengo mis razones, ¿pero vos...? Todo lo que hay acá está muerto: dinosaurios, insectos, sapos.

—Me gusta mirar los dinosaurios... Las réplicas de dinosaurios.

—¿Sí? Un gusto extraño. Que comparto, para mi desgracia.

Parecía que iba a seguir hablando, pero recordó de pronto algo y se fue sin saludar. Bajó por una escalera. Julián le preguntó a uno de los cuidadores quién era y el otro le respondió: «El profesor Ferrán. Se ocupa del área de paleontología».

A fuerza de persistir, Julián logró que el profesor lo llevara una tarde a ver al verdadero dinosaurio. Entraron en una sala cerrada para al público, y donde trabajaba un equipo de paleontólogos. Sobre una mesa había una vértebra de casi treinta centímetros. Más allá, en la semipenumbra, había un dinosaurio a medio armar, cubierto por una lona: parecía el templo casi derrumbado de una civilización perdida. Estaba cubierto de polvo. Julián se acercó hasta la construcción de piedra, con más lástima que reverencia y levantó un extremo de la lona.

—Lo cubrimos porque cada día aparecen nuevas goteras.

Julián estiró la mano hasta la piedra de los huesos. Estaba helado.

—¿Hace mucho que lo encontraron? —preguntó.

—Dos años y algunos meses —dijo el profesor—. Esperamos tener otro en poco tiempo más.

—¿Va a salir a buscar fósiles?

—Estamos continuamente buscando. En dos meses vamos a ir al sur, a Chubut.

Julián miró los huesos. Los imaginó escondidos durante sesenta y cinco, setenta, ciento cincuenta millones de años quizás, esperando el momento en que alguien los descubriera.

—Me encantaría ir alguna vez —dijo.

—Hay que estar preparado. Estudiar los años que sean necesarios.

—Sí, ya sé, pero no puedo esperar. Quisiera ir ahora. —De pronto se le ocurrió algo—. ¿No necesitan un ayudante, algo así como un cadete, que...?

El profesor se rió.

—Solamente investigadores. El presupuesto no alcanza para otra cosa. Bastante difícil es conseguir dinero como para gastarlo en ayudantes sin experiencia. —Corrió la cortina: el dinosaurio se convirtió en una sombra amenazante—. Vamos, ya van a cerrar el museo.

El profesor lo saludó y Julián corrió hacia la salida, mientras la oscuridad llegaba hasta los animales congelados en peceras o frascos de formol. La puerta se cerró a sus espaldas.

En marzo Cecilia se fue finalmente de viaje. Julián no había querido ir al Aeropuerto. La despidió el día anterior a la partida, en la casa de ella, mientras la ayudaba a meter una increíble cantidad de cosas en dos valijas descomunales.

—Estoy muy nerviosa —dijo ella mientras trataba de hacer entrar a la fuerza una muñeca de trapo en una de las valijas—. Antes de que vinieras tiré el I Ching para ver si me convenía o no viajar y me salió un hexagrama que decía algo así como «El rey se aproxima al templo ancestral». ¿Qué quiere decir? ¿Tengo que ir o no? Quiero decir, voy a ir, de todas maneras, ¿pero hago bien o hago mal? Eso es lo que me pone nerviosa.

Julián se sentó arriba de una valija, para que ella la cerrara.

—Mandame cartas, así me entero de tus cosas.

—¿Qué te puedo escribir? —preguntó él. (Pensó «Querida Cecilia, te extraño mucho, me dedico a leer avisos clasificados. Mario se compró un coche, en el teleteatro a mi hermana la reconocieron el padre y la madre, ahora le falta saber quién es el abuelo, la iguana come muchas moscas por día —me pasé una tarde mirándola—. Si todos tuviéramos una iguana en casa, las moscas desaparecerían de la faz de la tierra. Etcétera y te extraño.»)

—Las cosas que te pasan. Cómo te fue en los exámenes. Me importa saberlo todo. Yo te voy a mandar cartas y postales y fotos y un casete. Podría mandarte también un video casete, haciendo de guía de la ciudad, mostrándote los lugares más interesantes...

—Oh, no, no te preocupes, con cartas está bien.

Comieron en un restaurante del centro, después volvieron a la casa de ella y se

besaron. Julián le dijo que las despedidas le eran bastante insoportables, y que prefería irse rápido. Ella le dijo que estaba bien así. Dos horas después lo llamó por teléfono, pero él no había vuelto a su casa, porque prefería caminar. La ciudad, de noche, se volvía un poco desconocida, y si dejaba de prestar atención, se encontraba, de pronto, en calles desconocidas, sin nombres visibles. Se sentía como alguien que llegaba a otro país; era, de algún modo, un viaje.

En los días siguientes se sintió bastante mal. Mario, que era su mejor amigo, lo pasó a buscar un par de veces, con el coche que le habían regalado. Sólo una vez aceptó ir a una reunión en la que no conocía a nadie y donde se aburría. Estaba sentado en un sillón, tomando un poco de cerveza y haciendo puntería con maníes contra una réplica de yeso de la estatua de la Libertad, cuando se le sentó al lado un tipo de anteojos, algunos años mayor, que le tendió la mano. No supo bien cómo pero se encontró hablando, o escuchando al otro, de informática.

—La información es dinero —el otro chasqueó los dedos—. Por eso me dedico a esto. Hoy en día el poder lo tienen los que manejan los datos. Nada más de billetes. Nada más de oro. Información: lo único que importa. ¿Vos estás en el tema?

—No, realmente no.

—Entonces es como si fueras un analfabeto, te das cuenta. Tenés que hacer un curso ya. Es el futuro, no hay otra. Los que no sepan computación quedan afuera, ni trabajo ni nada. Imaginate: tengo veintitrés años, y ya me hice un lugar en una empresa. Trabajo de noche en uno de esos edificios torres que están cerca de la Plaza San Martín.

—¿Toda la noche?

—Toda la noche. Es sacrificado, son horas y horas de trabajo, pero siento que soy alguien. La máquina me respeta, me reconoce. Es bueno sentarse frente a la máquina y que te salude —se paró en busca de más bebida—. Acordate —le dijo—. Es eso o el analfabetismo.

Julián buscó a Mario, que estaba en el comedor diario, mirando con otras cinco personas una película de video. Lo saludó y se fue.

Ese sábado probó ir al cine. Pero no era lo mismo sin Cecilia. Eligió una película de terror, que no había podido ir a ver antes porque a ella no le gustaban. Pero después se arrepintió y entró a una sala donde daban una de amor, que ella sí hubiera elegido. Le pareció horrible, pero de algún modo lo conectaba con ella.

El lunes siguiente dio dos materias. No estaba muy concentrado y sacó un dos en química y un tres en física. «Nos vemos en junio» le dijeron los profesores. Cuando salió pateó un banco; después empezó a caminar sin rumbo. Había empezado a lloviznar. Caminó por Rivadavia, con la mente en blanco, dejando pasar, de tanto en tanto, alguna idea inconexa. La ciudad no tenía ya un solo lugar que le gustara. No había nada que se pareciera a alguna aventura. ¿De qué le habían servido los libros

que hablaban de desiertos, de mares, de piratas, de islas inexploradas? ¿De qué le había servido su pasión por los dinosaurios? Las aventuras, pensó, habían terminado, si habían existido alguna vez. Tendría que resignarse a un trabajo tonto de oficina, a llegadas a horario, al aburrimiento por decreto. Quizás se le pasaran las ganas de estudiar paleontología: terminaría admitiendo que era mejor dedicarse a cosas más útiles. Estudiar computación. Olvidarse de los dinosaurios que, al fin y al cabo, se habían extinguido millones de años atrás.

Sentía que había llegado al fondo de algo, aunque no sabía muy bien de qué. No tenía trabajo, no estudiaba, estaba solo. Ya no caminaba, flotaba, sin poder conectarse a nada.

Caminó y pronto estuvo junto al parque Centenario. Había neblina, y los faroles estaban encendidos. Llegó hasta el lago. No había nadie a su alrededor, solamente los patos, sobre el islote de piedra.

Imaginó una criatura fabulosa saliendo del agua para destruir, como los monstruos japoneses, Buenos Aires.





Había empezado a diluviar. Corrió a refugiarse en la parada de colectivo, sintiendo la lluvia helada en la espalda y el frío que le subía desde las botitas de gamuza. Esperó a que la lluvia cediera un poco y fue hasta el museo. Tenía los *jeans* empapados y también la campera. Pagó su entrada y fue hasta la sala de los

dinosaurios. Creyó que estaba solo, pero vio aparecer a una vieja, que miraba fijamente uno de los esqueletos.

—Vaya a cambiarse la ropa —le dijo de pronto, como una orden—. Se va a enfermar.

Julián se encogió de hombros.

—Sigue lloviendo —dijo.

—Si tiene fiebre, un té con miel, un chorrito de cognac, y dos aspirinas.

—Lo voy a tener en cuenta —dijo.

El profesor Ferrán cruzó la sala. Llevaba en la mano algo que parecía una vértebra gigantesca.

—De vuelta acá, por Dios —dijo al verlo—. Voy a pensar que planeas robar un esqueleto.

—¿Está seguro que no necesita un ayudante?

—No. Que lleve a una exploración a un chico de 18 años es lo único que falta a mis enemigos para probar que estoy definitivamente loco. Estoy a punto de creer que te mandaron ellos —dijo sonriendo. Después miró a la mujer—. Ustedes dos son los visitantes estrellas del museo. Si hubiera algún premio a la visita repetida, lo habrían ganado.

El profesor Ferrán entró a su oficina. La mujer se había acercado a Julián.

—¿Usted quiere encontrar dinosaurios?

—¿Cómo lo sabe?

—Adivino —señaló la puerta de la oficina—. El profesor Ferrán sabe mucho de dinosaurios. Pero yo sé algo más importante: sé dónde encontrarlos.

—¿Qué? —preguntó Julián.

—Una vez se lo dije. Le mostré papeles. No pude convencerlo: Cree que estoy loca. No importa, prefiero guardarme el secreto para alguien que lo necesite. Alguien que no tenga nada.

—A mí me serviría.

—¿Pero para qué quiere ese secreto? ¿Cómo iría a buscar los dinosaurios? ¿Solo?

Julián miró mejor a la mujer. Debía tener casi ochenta años. Tenía la piel muy blanca, estaba vestida de negro, usaba guantes de tul. La ropa era vieja pero bien conservada: toda ella parecía una muestra del pasado.

—¿Cómo obtuvo usted el secreto? —le preguntó él.

—Mi hermano me escribe desde el sur. Me llega una carta por mes. Él encontró un dinosaurio, y está buscando otros. Yo no entiendo muy bien para qué le sirven, pero él quiere encontrar un cementerio de dinosaurios.

—¿Y hace mucho que se fue?

—Sesenta años. Y no ha vuelto desde entonces.

Julián sintió un escalofrío. La mujer está loca, pensó, y no me di cuenta. Resbalé por su locura, y ahora me seguirá hablando y hablando. Encontró a alguien que le creyó y lo va a aprovechar. Los locos son como vampiros.

Sin embargo no se fue.

—¿Podría mostrarme una de esas cartas?

—Tengo una de las primeras aquí. Mírela.

La mujer abrió un libro encuadernado en cuero y sacó un papel amarillento y quebradizo. Julián alcanzó a leer unas palabras sueltas («Estancia La Sombra», «cementerio de dinosaurios» y «jurásico».) La escritura era prolija, apretada, y se abría dejando lugar a algo que parecía un mapa y al diminuto dibujo de un dinosaurio.

—Quisiera leerla —dijo. Las cartas tenían algo de imposible (alguien que busca un dinosaurio durante sesenta años) pero sospechó, al ver aquella caligrafía, aquel dinosaurio que se abría paso entre las letras, que había en aquel papel quemado por el tiempo algo de verdad.

La mujer vaciló.

—No acá. Apenas lo conozco. Yo vivo cerca del museo. Si usted viene mañana por la mañana y conversamos un rato, tal vez deje que lea las cartas. —La mujer anotó en un papel la dirección—. A las nueve de la mañana, si le parece. Quizás sea un poco grosero de mi parte demostrar esta desconfianza, pero... ¿cómo decirle?... son papeles muy queridos para mí. Y quiero estar segura de dárselos a alguien que los necesite.

La mujer le tendió la mano. Julián apretó los dedos que parecían a punto de romperse, encerrados en la trama de tul.

Había terminado de llover. Su ropa era un armadura helada. Tenía ganas de estar en su cama, abrigado y seco, mirando televisión mientras tomaba una taza de chocolate. Estaba a punto de salir cuando vio a Ferrán.

—Estuve hablando con esa vieja —le dijo.

—Ágata, la conozco de hace mucho tiempo.

—Me va a mostrar unas cartas.

El profesor se ajustó el nudo de la corbata en el reflejo del vidrio. Era lo único que parecía limpio y en orden: tenía el guardapolvo y los zapatos sucios de tierra y manchados por alguna sustancia verde.

—Está loca, pobre mujer. Es mejor que no la veas, quizás hablar de estas cosas le haga mal.

—Me mostró una carta...

—Yo también la vi. El hermano se fue al sur hace sesenta años y no volvió. Leí una sola carta: parece que buscaba un dinosaurio, pero no se puede saber muy bien: es una sarta de incoherencias. Mezcla dinosaurios con dragones. Debe haber muerto allá, en algún lugar.

—Pero en la carta hay un mapa.

—Lo miré en detalle. Es de los alrededores de la estancia La Sombra, cerca de

una zona que se llama Bajada Moreno, en Chubut. Cerca de ahí es el lugar de nuestras excavaciones. Puede ser que haya algo, el mapa no sirve de nada.

—¿Y las cartas más nuevas?

—Eso es lo peor. Quizás las escribió ella misma, y trata de creer que lo hizo su hermano. Quizás alguien quiso hacer una broma macabra, no sé. Igual, olvidate de ella. No vas a encontrar ningún dinosaurio mirando cartas viejas. Son historias tristes, nada más; es mucho más fácil encontrar eso que fósiles del cretácico.

Ferrán miró por la ventana las calles mojadas.

—Quisiera salir a caminar. Me gustan los parques después de la lluvia, pero tengo que escribir una conferencia.

—¿Sobre qué es?

—El año pasado, en base a algunos hallazgos dije que los dinosaurios habían sobrevivido en la patagonia por encima de la barrera de los 65 millones de años. Quiero decir, que o por adaptación, o por el clima, se extinguieron mucho después. Es una hipótesis de trabajo, nada más, basada solamente en el hallazgo de un cráneo. Me dijeron que estaba loco. Ahora voy a dar una conferencia diciendo exactamente lo contrario, para que vuelvan a confiar en mí y conseguir así financiamiento para mi expedición.

—¿Se va a retractar de todo?

—Sí, hasta que encuentre alguna prueba. —Buscó en los bolsillos sus papeles. Eran hojas escritas a mano por una letra gigantesca y desprolija—. Voy a empezar mi conferencia así: «Los dinosaurios se extinguieron definitivamente hace 65 millones de años». Es una obviedad; les encantará.

—¿Y qué les dirá de su cráneo?

—Que hubo errores de laboratorio al medir su antigüedad.

—Es una lástima. Usted a lo mejor encontró al último dinosaurio y se va a guardar el secreto.

—Así es. Hasta que llegue el momento.

—Es una lástima —repitió Julián, y lo saludó con la mano.

(Mientras Julián cruzaba el parque pensando si ir o no ir a la cita del día siguiente, Ferrán, solo en su despacho, en medio de un desorden de libros en inglés e italiano, retocaba ligeramente su discurso. A la primera frase le agregó un «casi», que estaba decidido a pronunciar en voz baja, para que nadie lo advirtiera. De todas maneras horas después los otros paleontólogos escucharon con claridad la primera frase «Casi todos los dinosaurios se extinguieron definitivamente hace 65 millones de años» y el financiamiento para la investigación le fue negado a través de una carta breve, cortés y helada.)

A la mañana siguiente Julián se despertó temprano. Su madre quedó un poco sorprendida de verlo entrar en la cocina a horas en las que en general apenas entraba en el sueño profundo.

—Me alegro de verte levantado. Pero tendrías que avisarme con anticipación, así me preparo para la sorpresa. —Puso la cafetera en el fuego—. Debés estar cambiado por lo de ayer.

—Puede ser —dijo él.

—A veces los fracasos sirven. Hay que saber utilizarlos, eso sí.

—¿Usar el fracaso? ¿Para qué?

—Te va mal y sacás un aprendizaje.

—¿Y qué se puede aprender?

—No sé... cambiar de hábitos... Los fracasos enseñan más que los éxitos. Te fue mal en los exámenes y cambiaste: hoy te despertaste temprano. Si te hubiera ido bien, todo hubiera seguido igual. Sí, sí, ahora que lo pienso, es mejor fracasar.

—Entiendo que quieras mirar las cosas con optimismo, pero ese no es el camino.

Le sirvió una taza blanca.

—Lo único que quería era hablar un poco. Los padres tienen que hablar con sus hijos. Eso es lo que leo siempre en las revistas y los libros. Hable con su hijo. Trate de comprenderlo. No lo asesine antes de los veinte años. El otro día una amiga me prestó «*Cómo hablar con su hijo adolescente*» pero llega sólo hasta los 18 años. Le pedí la segunda parte pero me dijo que todavía no salió.

Julián tomó de un trago el café. Le dijo que era mejor hablar a la tarde y salió de la casa con la campera en una mano y una medialuna en la otra.

Ágata, la vieja del museo, tenía siete gatos. Explicó: era por cábala. Mantenía desde hacía medio siglo el mismo número de animales. Los gatos giraban alrededor de ella como satélites en la órbita de un planeta. Cada gato era de un color distinto; uno era violeta.

Sentado en un sillón, Julián esperaba impaciente mientras la vieja barajaba un mazo de naipes franceses. Los separaba un mesa ratona cubierta por una mantilla blanca bordada.

—Tengo que tirarle las cartas. Usted pensará que soy una vieja supersticiosa, pero la baraja me ha fallado menos que los ojos y mucho menos que el corazón. Si hablan bien de usted, le presto las cartas. Si no... tendrá que buscar otro camino para llegar a los dinosaurios.

La mujer puso varios naipes boca abajo y dejó el mazo a un lado. Uno por uno fue levantándolos. Cada tanda exclamaba, casi imperceptiblemente «oh» o «ah»; era difícil saber si con satisfacción o alarma. Los gatos seguían interesados en el examen.

Las cartas a Julián no le decían nada.

Cuando la vieja terminó lo miró con seriedad. Julián pensó «Vio algo terrible. Soy un criminal en potencia».

—Ahora traigo las cartas de mi hermano —dijo ella. Salió de la habitación, pasó al lado de una vieja salamandra, se perdió de vista en un pasillo oscuro.

Volvió con una caja, forrada en tela, como los viejos costureros. Sacó el fajo de cartas atadas con cinta verde. Casi todas parecían nuevas: el papel era blanco, la tinta de los sobres firme, las estampillas actuales: dibujos de flores. Julián recibió los papeles y pensó que eran inútiles: cartas falsas dictadas por la crueldad, una equívoca piedad o la locura. Le dio las gracias y prometió devolverlas en poco tiempo.

Más tarde, solo en su cuarto, supo que el profesor había tenido razón. La única que era auténtica de todas aquellas cartas firmadas por Augusto Balmes no servía de nada. El hermano de Ágata apenas hablaba del dinosaurio, prefería dedicarse a fantasear con la idea que era un caballero andante en busca de un dragón.

ESTABA DISPUESTO A PERSEGUIR
AL DRAGÓN HASTA EL FIN DEL
MUNDO.



EL DRAGÓN ES TAN GRANDE QUE DICEN QUE
UN CABALLERO LO SIGUIÓ DURANTE TRES
DÍAS POR UN CAMINO DE PIEDRA VERDE...



...HASTA QUE
SE DIO CUENTA
QUE CABALGABA
SOBRE LA
ESPALDA
DEL DRAGÓN.

FIN
DEL
MUNDO

CANSADO, ME DORMÍ EN UNA GRUTA.
UN RUGIDO ME DESPERTÓ.

GRRRRR!



PREPARÉ MI LANZA
PARA MATARLO.



PERO PRONTO ME VI
TAMBIÉN A MÍ MISMO,
PERSIGUIENDO AL
DRAGÓN.





Julián se detuvo a mirar las otras cartas. La letra era distinta y el papel nuevo. A la cabeza de cada carta se leía «Chubut», junto a fechas recientes, pero en el remitente había una dirección de Buenos Aires.

El impostor, si existía, no se había tomado demasiado trabajo para que las cartas

convencieran a nadie: escribía en nombre de un muerto, sin molestarse por imitar la letra o respetar en el sobre las mentiras del interior.

Llegó hasta el lugar escrito en el dorso del sobre: un edificio de avenida de Mayo. Abajo había una galería que atravesaba la manzana, con techos altos, en forma de bóveda, y negocios que vendían material para oficinas. Lapiceras, muebles, formularios, planillas, ceniceros, placas de bronce. Arriba estaban las oficinas que usaban las lapiceras, muebles, formularios, planillas, ceniceros y placas de bronce que vendían abajo.

Julián entró en un ascensor gigantesco. Iba a cerrar la puerta tras él, pero notó que había un ascensorista, vestido con los restos de un uniforme bordó. El hombre hablaba con un pasajero.

—El problema son las ratas —decía—. Cientos de ratas por todo el edificio. Yo las escucho, arriba del ascensor. —Los que viajaban miraron un poco inquietos el techo—. Las persiguen en un piso y se pasan a otro. Les tiran veneno y muchas mueren, pero la que no muere se convierte en una superrata. Yo las escucho, a mí no me engañan, tengo el oído fino.

Julián bajó en un pasillo largo. Dobló a la izquierda y de nuevo a la izquierda, buscando la puerta 666. Un cartel decía «Entre sin abrir». Golpeó y después de unos segundos de silencio escuchó un cansado «entre».

—¿Lo desconcertó el cartel en la puerta, no es cierto? Lo puse yo mismo. Hay gente que no nota la diferencia. Es una especie de test que le hago a los que vienen a verme. Tengo, no sé cómo decirle, una especie de pasión por los carteles y las señales. «Golpee antes de entrar», «Prohibido escupir en el suelo», «Habiendo escaleras el propietario del inmueble no se responsabiliza por los incidentes causados por el uso del ascensor»...

El hombre no paraba de hablar. Estaba rodeado de paredes descascaradas y tenía un ventanal sucio a sus espaldas. Vestía un traje negro, pasado de moda y una corbata azul, totalmente torcida.

—Lo veo sorprendido —dijo el hombre—. ¿Qué necesita? ¿Asesoramiento para escribir una carta de amor? ¿O quiere recibir algún mensaje?

Julián le tendió el sobre.

—Ah, sí, las escribí yo. Un muy buen trabajo. Imitación de estilo, no es nada fácil.

—¿Escribió estas cartas falsas?

—Por supuesto, a eso me dedico.

—¿Pero por qué engaña a la señora Ágata? Ella no está bien de la cabeza.

La cara del hombre reveló cierto escándalo.

—Yo no la engaño. Ella misma me lo pidió.

—No entiendo.

El hombre lo invitó a sentarse, mientras apoyaba la cabeza contra el ventanal y ponía los pies sobre el escritorio.

—Hace años que estoy en el negocio. Hay gente a la que le gusta recibir cartas pero no tiene quien le escriba. Yo me ocupo de eso. —Señaló un montón de cartas—. Tengo mucho trabajo. Mire toda esa correspondencia atrasada.

—¿Ella no cree que sea su hermano?

—Por supuesto que no. Le gusta pensar que sí, pero sabe que está muerto. No sé si usted la conoce por qué ella misma no se lo contó. A lo mejor no quiso hablar del tema.

Sacó de un cajón un librito. Decía: Modelo de cartas sentimentales.

—Lo escribí yo. Cuesta solamente cincuenta mil australes.

—No lo necesito, gracias.

—¿Tiene a su novia cerca? No importa. Igual puede mandarle una carta.

—No, se fue a vivir al exterior.

—Tengo un modelo para que las novias residentes en el extranjero regresen al suelo patrio. Busque el modelo 55.

Julián pensó que sería mejor pagar los cincuenta mil australes para cerrar el tema. Tomó el libro y le tendió el billete.

—Buena inversión —dijo el hombre—. Sé mucho de esto. Es un trabajo muy difícil, porque soy el único, y no sabe lo difícil que es ser el único en algo. No hay de quien aprender, uno tiene que sacarlo todo de sí mismo.

—¿Tiene alguna de las cartas originales?

—Sí —dijo, y abrió un mueble de metal—. Escribir cartas de gente que ha muerto me pone un poco incómodo. A veces trabajo hasta tarde y siento que soy una especie de fantasma, escribiendo correspondencia desde las oficinas postales del más allá.

El archivo estaba ordenado alfabéticamente y pronto sacó una docena de cartas.

—A la señora Ágata ya no le cobro más, es una clienta *ad honorem* u *honoris causa* u *ora pro nobis* o como se diga —le tendió las cartas a Julián—. Y si necesita usar el servicio, acá tiene mi tarjeta. Tengo varios personajes fijos para la gente que no sabe muy bien de quién quiere recibir correspondencia: el amigo australiano, el anónimo del Bronx (son cartas de un contenido bastante fuerte) o la bella universitaria de Tokio. Las cartas que se lleva ya no las necesito más de modelo: conozco la historia de memoria.

Julián miró las cartas antes de guardarlas: llenas de polvo, palabras desteñidas y dinosaurios diminutos, señales de su verdad.

Se encerró todo un sábado en la habitación para leer y releer las cartas. Mario pasó a buscarlo con el coche y arreglaron en salir recién a la noche. No quería que nada lo distrajera durante el día.

Al leer todas las cartas, las verdaderas y las falsas, se dio cuenta de que «El

Remitente de Cualquier Parte» —así decía su tarjeta— había hecho un buen trabajo. Sus cartas simulaban el leve desvarío de las originales, pero sabían muy bien por dónde desvariar. No se había abandonado al impulso de agregar cosas, exagerar los rasgos de Augusto. No. Escribía siempre sobre las huellas de ese fantasma al que le había tocado interpretar, sin repetirlo ni traicionarlo.

Mientras leía, Julián tomaba apuntes. El hallazgo del dinosaurio había tenido lugar en la estancia La Sombra, pero no estaba claro el punto exacto.

Y eran muchísimas hectáreas. No había modo de explorar todo. En la carta daba como única referencia una arboleda. ¿Habrían sobrevivido los árboles, solos en el desierto, como para servir de guía? La única manera de responder era viajar. Siguió leyendo. Augusto hablaba de una señal. Era una de las últimas cartas. La letra se volvía casi indescifrable, pero adivinando el sentido entre retazos de palabras, a Julián le pareció que el que escribía hablaba de una marca en la tierra, para volver sobre ella después de un viaje y reconocer el lugar del dinosaurio.

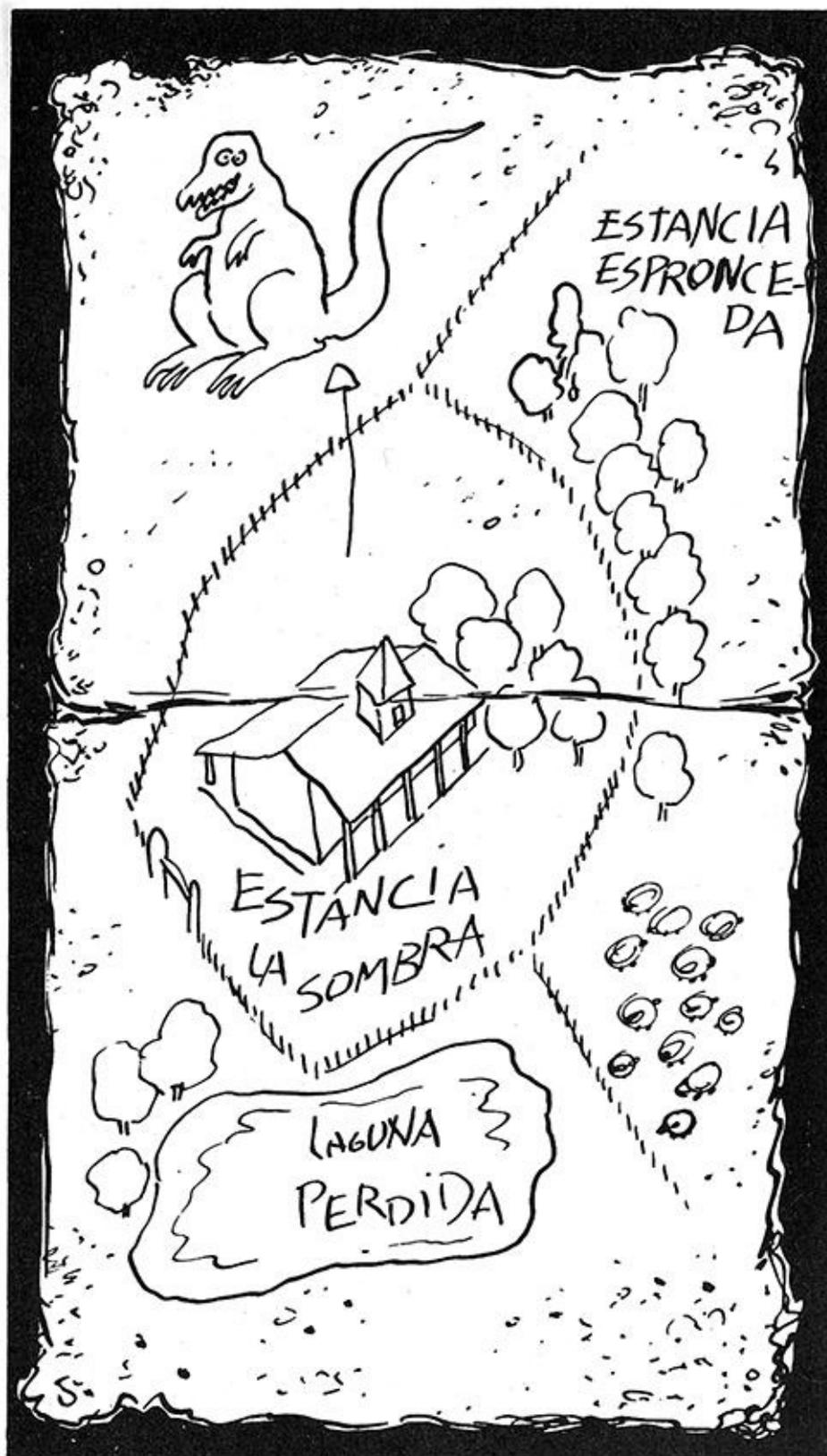
También cruzaban mensajes familiares (¿sigue fumando opio el tío Eduardo?), garabatos, consejos prácticos, totalmente descolgados («Comer mucho limón y mucho ajo, para purificar la sangre») y la mención a dragones.

En la última de las cartas (17 de noviembre de 1930) Augusto había incluido un poema, sin título:

El último dinosaurio que me espera
en el lejano final de mi aventura
yace enterrado en la helada arena
debajo de la sombra de la luna.

Lo guardan los siglos en su nido
de roca y lava que confundo
con mi casa y mi vida. Soy yo mismo
el último dinosaurio de este mundo.

Terminó de leer las cartas. Entre tantos papeles inútiles, solamente había dos datos concretos: estancia La Sombra, una arboleda marcada en un mapa borroso. El resto era nada.



El domingo le pidió un préstamo a su hermana. Ella aprovechó la ocasión: lo obligó a hablar bien del teleteatro, a renegar de todas las cosas que le había dicho en los últimos meses, y a hacer las paces de un modo que a Julián no le daba ninguna ventaja. Aceptó: pronto tuvo los billetes en la mano.

—A devolver a fin de mes —dijo ella.

—Y con 5 por ciento de interés —dijo él. No tenía idea de cómo iba a hacer para recuperar el dinero, pero ese era un problema para el futuro.

Después fue a visitar a Ferrán.

Lo recibió en su oficina. Tenía un libro abierto debajo de una lámpara de metal. Julián leyó: British Museum. Sacó las cartas y las puso sobre la mesa, sobre el libro.

—¿Y esto qué es?

—La colección completa de cartas. Dan una idea de donde hay que buscar.

El profesor las sacó del libro.

—Estoy trabajando —dijo.

—Yo las encontré. Y son una pista. Si no voy con usted, voy a ir solo.

—Seguro. Como Indiana Jones.

—Habla de la estancia La Sombra.

—Ya lo sé.

—Y de unos árboles. Dice que encontró un dinosaurio.

—¿Alguna prueba? ¿Dice a qué especie pertenecía?

—Lo descubrió, pero no lo sacó de la tierra.

Ferrán tomó las cartas. Leyó un poco, y sonrió cansado.

—La financiación se suspendió. No les gustó mi discurso. Ahora espero que lleguen dólares de Canadá y de Estados Unidos por la venta anticipada de réplicas. Pero si no encuentro nada no sé cómo voy a hacer para devolver el dinero.

—¿Y entonces?

—No puedo hacer ni un solo gasto de más.

—Yo me pago mi parte. Lo único que quiero es que me lleven. Después yo con la carta los guío hasta el dinosaurio.

—No vamos a buscar allí, sino más al norte.

Julián recogió las cartas.

—Voy a ir igual. No sé cómo.

Estaba a punto de salir cuando Ferrán lo llamó por su nombre.

—Nunca vi a nadie tan obstinado. Si quedan fondos, después de buscar en el lugar previsto, nos mudamos al sur, a La Sombra. Sólo un paseo, el último día.

—Me alegro por usted —dijo Julián—. Va a tener su dinosaurio.

Ferrán movió la cabeza.

—Tan soberbio. Y solamente por unas cartitas ridículas.

SEGUNDA PARTE

La Sombra

Esta es la historia de Julián y los dinosaurios. Acá empieza realmente, porque comienza el viaje. No es que lo anterior no haya sido nada. Fue también un viaje. El recorrido que hay que hacer hacia el punto de partida.

Y mientras Julián viajaba hacia el sur, en Tokio un científico sostenía que los dinosaurios habían muerto a causa de una lluvia de meteoritos. En una conferencia, en las aulas del Museo Británico, otro paleontólogo se aventuraba con un misterioso tumor óseo, mientras mostraba el fémur de un *Tyranosaurus*. Una revista de divulgación científica española salía a la calle con el dibujo de una flotilla de ovnis disparando rayos contra los últimos dinosaurios en la tapa. Y un depresivo paleontólogo francés aseguraba que los animales se habían suicidado en masa, hipnotizados por las cambiantes fases de la luna. Etcétera.

A Julián le llevó algún tiempo explicar el viaje a sus padres. Se sentaron en el living. Su padre sacó del armario una vieja pipa: era mejor para morder que los cigarrillos.

—¿Al sur en busca de dinosaurios? Ni en el taxi a la noche escucho eso. ¿Cómo hay un inconsciente que se le ocurra llevarte? —Iba a contar una nueva anécdota de sus viajes nocturnos, pero su esposa lo interrumpió.

—Llevá abrigo. Y si encontrás algún hueso no lo traigas a casa.

Iban a seguir hablando, pero en el televisor, que habían dejado encendido, se escuchó la música del teleteatro. Se mudaron a la mesa de la cocina.

Era el último capítulo de la telenovela. Para ese entonces, Eugenia había sido reconocida como hija, nieta y sobrina. Sólo restaba la boda. La vieron entrar a la iglesia con un vestido de larga cola que llevaba una procesión de niñitos. Hubo un primer plano de la cara de Eugenia: caían lágrimas por sus mejillas mientras caminaba hacia el altar.

—La semana pasada tenía los ojos verdes y la anterior grises. ¿Por qué ahora los tiene turquesa? —preguntó Julián.

—Shhh —chistó su madre—. Ahora viene el sí.

Un galán rubio la esperaba junto al sacerdote. De pronto un grito resonó en la iglesia: ¡Agustina! Era un galán moreno. Agustina-Eugenia miraba al rubio, miraba al moreno, volvía a mirar al rubio, y clavaba, definitiva, los ojos en el que la esperaba en la puerta. Y salía corriendo hacia su verdadero amor, mientras en la iglesia estallaba el escándalo.

—Me gustaba más el rubio —dijo la madre—. Es más del tipo de Eugenia.

Julián subió a hacer el equipaje.

El martes era el día de la partida. El lunes Ferrán reunió en su casa a su equipo y les presentó a Julián. Eran sólo tres paleontólogos: Carla —Julián no escuchó bien el

apellido, que estaba lleno de consonantes—, Carrá y Lagos. Todos parecían tener un poco más de treinta años. Carla le pareció muy linda y pensó que él le había caído bien; Lagos lo miraba con indiferencia y Carrá con franco desprecio. A lo mejor hay tiempo para corregir las cosas, pensó. Ferrán se lo había adelantado: «Van a pensar que llevarte solamente por esas cartas ilegibles es la prueba definitiva de que estoy loco».

Comieron juntos un par de *pizzas*. Ferrán explicó que el dinero adelantado por las copias no había llegado.

—¿Entonces no salimos? —preguntó Carrá.

—Sí, pero los fondos del museo nos alcanzan para una semana, nada más.

—En una semana no vamos a encontrar nada —dijo Lagos, mientras se quitaba los anteojos con un gesto de fatiga.

—Es eso o nada —dijo Ferrán.

El clima se había puesto tenso. Julián era el único que no había dejado de comer.

—Quizás tengamos suerte —dijo Carla—. Tendríamos que llevar a una bruja que nos dijera: aquí.

Carrá negó con la cabeza.

—Dejamos de ir a investigar a Santiago del Estero, a donde está el resto del equipo para ir al sur. Usted nos aseguró que ese dinero llegaría —se quejó Carrá.

—Yo no aseguré nada —dijo Ferrán levantándose—. Para ustedes perder una semana de su tiempo no es el fin del mundo. Para mí sí. Si no encuentro nada, no voy a poder salir de nuevo. Es lo que falta para que se termine mi carrera. ¿Qué me queda? Jubilarme y nada más. ¿Entienden eso? Ustedes no pierden nada, yo sí. Voy a volver cuando me haya gastado el último peso y removido toda la tierra que encontré en el camino. No puedo quedarme sentado, mientras pasan los meses, esperando un milagroso giro del exterior.

Ferrán cayó sobre la silla. Parecía abatido. De pronto sonrió.

—Además tenemos las cartas de Julián —dijo en tono de broma—. Un as en la manga.

Los otros sonrieron. Julián sospechó que no lo tomaban muy en serio.

Se encontraron al amanecer, en la puerta del museo. Junto al cordón estaban las tres camionetas en las que se haría el viaje. Julián ayudó a Carrá a cargar parte del equipo en una, mientras Carla, Lagos y el profesor llenaban la otra. Carrá parecía seguir de mal humor: apenas le dio un par de indicaciones, sobre el lugar donde ubicar los pesados bultos. Había bolsas con palas y otros instrumentos más pequeños, martillos, picos, espátulas de metal. También estaban las carpas y las bolsas de dormir. Ferrán miró su reloj: las 6.30. Todo el equipaje estaba adentro de las camionetas. Dio entonces la orden de partir.

Carrá entró en uno de los coches y nadie lo siguió. Lagos quiso viajar con Carla;

Julián los vio pelear acerca de quién iba a conducir primero, y ganó la mujer. Él se sentó junto a Ferrán.

—¿Sabés manejar? —le preguntó.

—No.

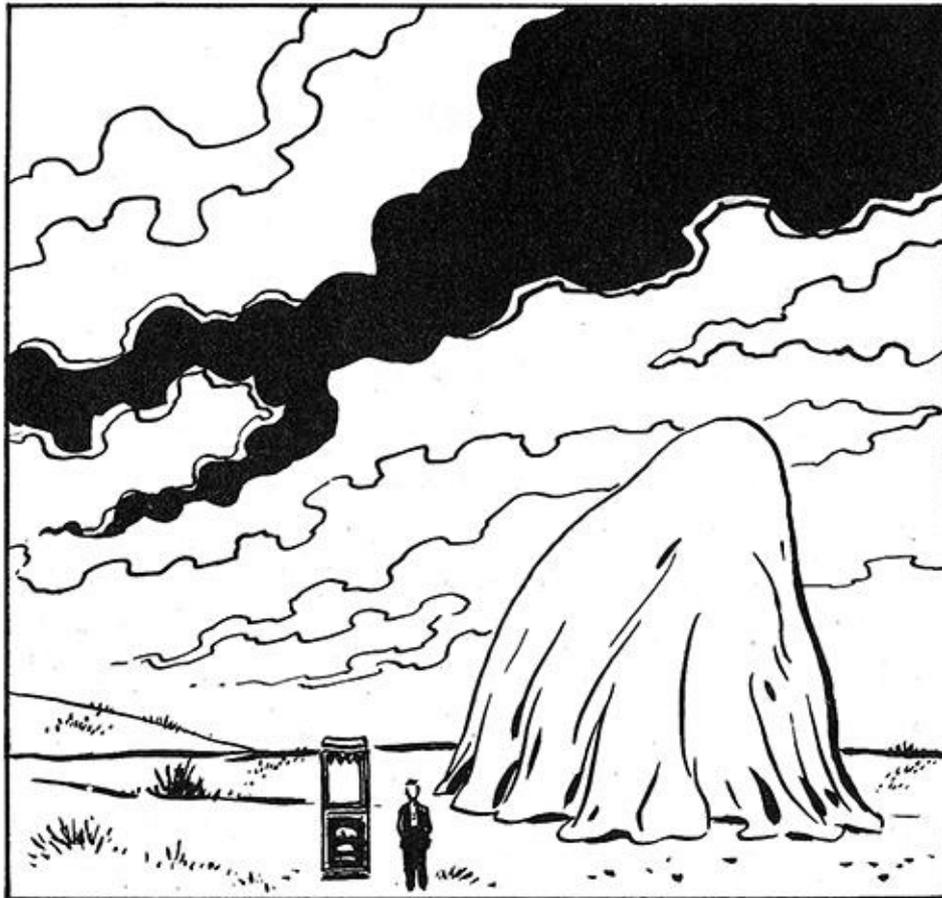
—Va a ser un viaje duro, entonces.

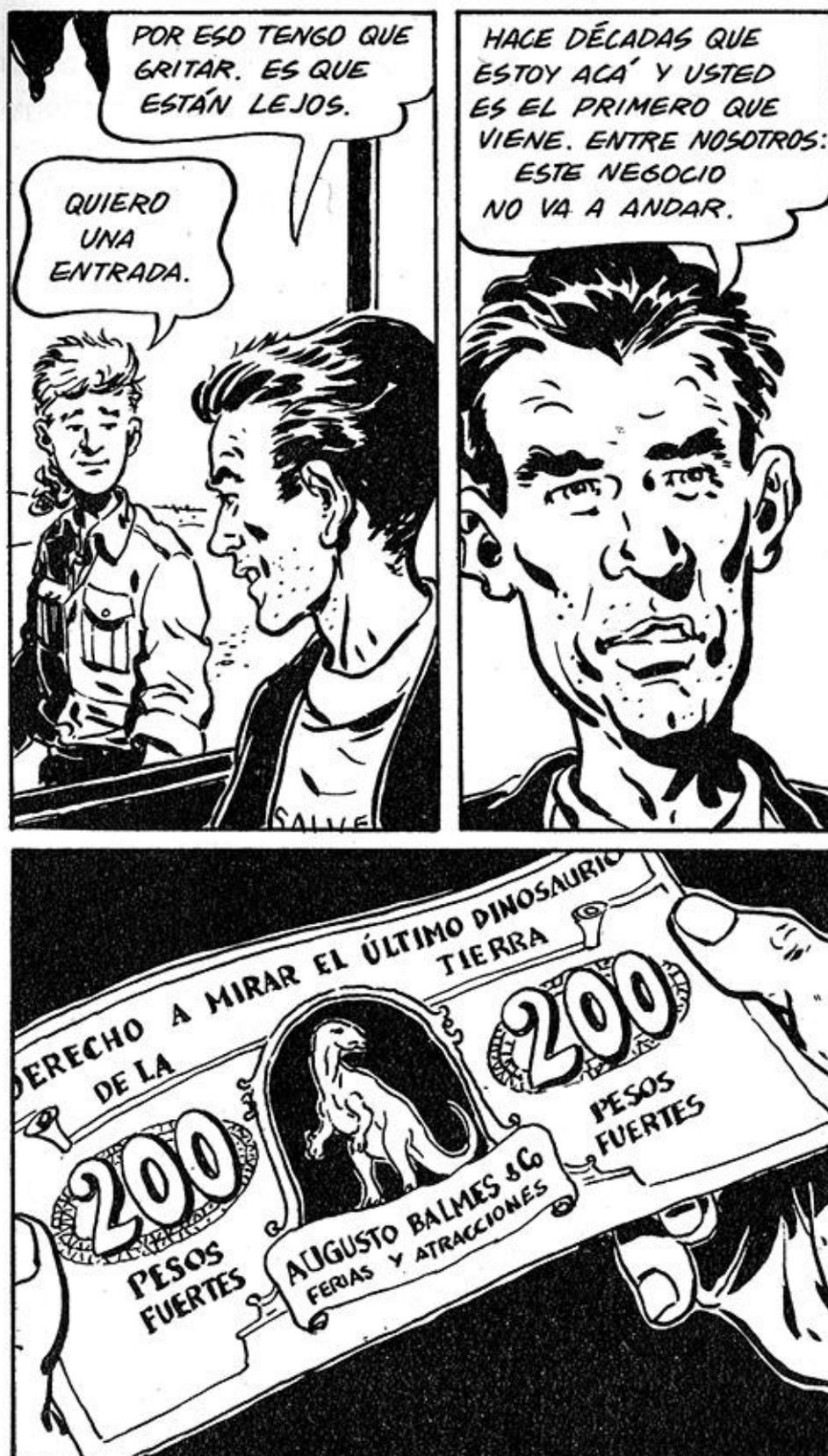
Las tres camionetas partieron.

Julián esperaba que la ciudad desapareciera de improviso, para encontrarse con la ruta en medio del campo vacío, y que después la ruta también se borrara, para dejarlos en la estancia, el lugar del descubrimiento. Pero la ciudad no terminaba de desmembrarse y aparecían puentes de hierro, una fábrica tras otra, galpones abandonados, chimeneas de ladrillo rojo apagadas desde hacía años. Ferrán viajaba en silencio, fumando un cigarrillo. «Quizás espera que lo entretenga con mi charla» pensó Julián entre bostezos. Pero después miró bien al profesor, sólo concentrado en el camino, y se dio cuenta que no estaba desesperado a la espera de que él lo entretuviera con su charla.

A la hora de viaje, cuando el diminuto convoy dejaba de una vez por todas la ciudad, Julián se quedó dormido.

Sonó que en medio del desierto encontraba a Augusto Balmes. Era joven y llevaba una remera blanca con una leyenda ecologista. Estaba solo, sentado frente a un puesto de feria semejante a los de las kermesses de barrio. Tenía el aspecto de alguien que ha ido tan lejos que ya no es capaz de recordar el lugar de donde salió. Junto a él había una mole gigantesca cubierta con una lona raída.





Cuando despertó ya habían avanzado muchos kilómetros por la ruta. Encendió la radio y puso un programa de rock. Estaban pasando una canción de los Doors.

Ferrán estiró la mano hasta el dial para encontrar la voz de Goyeneche, que cantaba, en una grabación de los 60, Naranja en flor.

—Mientras no haya encontrado nada gracias a tus informes, el programa lo elijo yo.

A medida que se alejaban, las voces de la radio se hicieron borrosas hasta desaparecer en susurros y chirridos.

Almorzaron en el restaurante de una estación de servicio. Había dos o tres mesas ocupadas por camioneros, que miraban en el televisor un partido de fútbol. El mozo les trajo una carta con muchos platos, pero aclaró que sólo quedaban milanesas con papas fritas. Carla discutía sobre algo con Carrá, mientras hacía dibujos en servilletas de papel: dos dinosaurios en alguna posición extravagante. Carrá puso la hoja en el centro de la mesa.

—Carla tiene una teoría: asegura que así hacían el amor los dinosaurios.

—No hay nada probado sobre el tema. Si tenés una hipótesis podés hacerte famosa —dijo en broma Ferrán, mientras tomaba el dibujo—. Claro que si los dinosaurios hacían el amor en una posición tan incómoda, no es raro que se hayan extinguido.

Volvieron al camino y no se detuvieron hasta que llegó la noche.

Pararon a comer en una parrilla, al costado del camino; después durmieron en un hotel en las afueras de Bahía Blanca, aunque se habían propuesto ahorrar todo lo posible. Pasar la noche en el hotel no resultó mucho mejor que si hubieran armado las carpas: la calefacción no funcionaba, las sábanas resumían décadas de historia en un sinfín de remiendos, las arañas trabajaban tranquilas en los ángulos del techo. Carla tuvo que pasarse de habitación porque el conserje, al llevarle una toalla, se puso a recordar que tiempo atrás habían asesinado a una mujer en esa cama. «No se imagina la sangre que había», repetía el viejo sacudiendo la cabeza.

Se levantaron muy temprano y al final del segundo día de viaje llegaron hasta la Estancia Espronceda, en Chubut.

—¿Por qué vamos a buscar acá? —preguntó Julián mientras se acercaban al camino que llevaba a la estancia.

—El mejor lugar para buscar dinosaurios es donde ya se encontraron —dijo Ferrán—. Y en los campos que están acá al lado aparecieron fósiles, unos diez meses atrás. Seguimos buscando por los alrededores, pero no dimos con nada más. Ahora nos toca seguir con la Espronceda. El terreno es bueno, hay rocas del cretácico. Tengo una corazonada de que va a resultar.

Les salieron al encuentro seis perros grandes, que saltaban ladrando contra las puertas de la camioneta. Parecían más lobos que perros. Las tres camionetas se habían detenido frente al pabellón donde vivían los peones; más allá estaba la casa de los dueños, con los postigos cerrados. Un hombre de boina negra dio algunos gritos para tranquilizar a los perros; pronto apareció otro que sujetó los más decididos. Ferrán le tendió la mano al que parecía el capataz.

—Los patrones no están —dijo el hombre—. Pero dijeron que los señores se manejaran tranquilos, que fueran a donde quisieran.

—¿No sabe si alguien encontró alguna piedra rara, algo parecido a un hueso?

—Nada, un Colt oxidado que debe tener como cien años. Es lo único que encontramos. ¿Por dónde van a empezar a buscar?

Ferrán señaló un punto lejano, más allá de la casa y los molinos de metal.

—Estuve hace unos meses y me pareció que aquella zona es la mejor.

—Ah, en el lado sur. Si avanza mucho va a llegar hasta la estancia La Sombra.

—¿Y si queremos cruzarnos, nos darán el permiso?

—¿Permiso? Ahí no vive nadie desde hace muchos años. Cuando llegué aquí ya estaba vacía.

Levantaron las carpas y durante el resto del día exploraron el terreno. Cerca de ahí había una construcción a medio terminar, donde había un baño pero sin agua caliente. Abrieron unas latas de atún y de carne para comer, porque todos estaban cansados y nadie tenía ganas de ponerse a cocinar. Ferrán recorrió el terreno mientras la luz siguió, y después fue a buscar una linterna. Con una pala iba sacando algunas muestras de terreno. Julián abrió una marmita, distribuyó platos y vasos, mientras escuchaba los murmullos de una discusión entre Lagos y Carla; Ferrán le explicó después que habían sido novios y que, aunque ya no lo eran, les había quedado el hábito de la discusión.

Después de comer Julián se puso a caminar solo hacia el sur, con la campera roja inflada por el viento. Miró el campamento a la lejos: alguien había encendido una fogata. La luna iluminó unos caranchos que daban vueltas sobre una carroña, una mancha blanca que podía ser una oveja. Julián miró hacia adelante: en algún punto de esa negrura estaba el verdadero lugar, donde había que buscar siguiendo las huellas de Balmes.

Al día siguiente comenzó la exploración: excavaciones aquí y allá, largas caminatas. Julián acompañó un rato a Ferrán, otro rato a Carla y otro a Lagos: a Carrá no podía ni acercarse. Le decía que no podía trabajar con alguien cerca.

Julián había llevado una cámara Polaroid y se entretenía en sacar fotos de los paleontólogos trabajando. Prefería fotografiarlos cuando ellos no se daban cuenta. Después se quedaba mirando el cuadrado blanco, mientras los colores iban apareciendo de a poco.

Le pidió a Carla que le sacara una, mientras tomaba una pala como para cavar.

—Vas a gastar todo el rollo hoy —le dijo ella, mientras disparaba.

—No importa. Tengo otro, para cuando encontremos el dinosaurio —«Mi dinosaurio» iba a decir.

Carrá hacía anotaciones constantemente. Era más lo que escribía que lo que cavaba o exploraba.

Lagos trazaba un plano de toda la región, ubicando, en toda la Patagonia, descubrimientos anteriores, con la esperanza de que el dibujo le revelara algo.

Carla seguía la inspiración del momento, y por eso su camino era irregular. Estaba como a la espera de señales extraordinarias. De pronto metía la cabeza en unos pastizales, o trepaba a unas rocas, o corría hacia el fondo de un arroyo seco, o seguía a una oveja a la que imaginaba convertida en guía por misteriosos poderes.

Ferrán se había trazado una zona y buscaba en ella con método y exhaustivamente. Cada tanto se ponía a hacer cuentas, pero los números no le daban: por más ahorros que hicieran, el dinero no alcanzaría para más de una semana.

Julián caminaba sin rumbo, cavaba, sacaba fotografías. Y miraba cada placa para ver si en las fotos aparecía, quizás difuminado, el fantasma de Augusto Balmes, el Guía.

A la tarde Carla y Julián fueron al pueblo a comprar provisiones. Ferrán había hecho prolijamente la lista de lo que tenían que comprar: los conminó a que no se sobrepasaran ni en una lata.

Recorrieron los quince kilómetros que los separaban del pueblo sin cruzarse con nadie. Carla estacionó la camioneta roja delante de un almacén de ramos generales convertido, gracias al progreso, en un supermercado.

Mientras ayudaba a Carla a llenar el carrito de metal, Julián miraba atentamente las góndolas, donde se acumulaban objetos extraños entre sí: tijeras de podar, cafeteras, buzos con la leyenda University of San Francisco, juguetes a cuerda, sales de baño. Aquella mezcla le recordaba a las páginas de la enciclopedia «Lo sé todo».

Salieron del almacén con bolsas llenas de cajas de arroz, latas, fideos y algunas botellas de vino tinto. Después de cargar todo en la camioneta, Carla fue a hacer una llamada a la oficina de teléfonos, donde le dijeron que tenía que esperar. Julián aprovechó para entrar en una biblioteca pública cercana a la plaza. Era una casa pequeña que tenía en el frente un cartel:

BIBLIOTECA POPULAR FLORENTINO AMEGHINO

Entró a una salita vacía. Los anaqueles estaban llenos de libros sin lomo, pegados con cinta adhesiva, algunos sin tapas.

Una mujer de guardapolvo verde se puso los anteojos que llevaba colgados para mirarlo.

—¿Venís a hacerte socio?

—No, no... —dijo él y notó en la mujer un gesto de desilusión—. En realidad no busco libros.

Julián le habló de Augusto Balmes. Como la mujer lo interrumpió varias veces para hacerle preguntas, acabó contándole todo lo que sabía, que no era mucho.

—No hay mucha gente que se acuerde de lo que pasó en el año 30 —dijo ella—.

Y no hay ningún archivo del pueblo, ni una colección de documentos, ni nada. Había, pero se quemaron en un incendio. Fue en la década del cincuenta: un intendente, demasiado preocupado por algunos documentos que no le convenían, le ordenó a un matón que los encontrara y los quemara. El hombre no encontró la carpeta, pero le puso fuego a todo lo que quedó. Entonces el pueblo desapareció de la historia.

—¿Y no hay nadie que pueda acordarse de Balmes?

—Solamente un hombre, que es el archivo viviente. Lo puede encontrar en la Casa de la Cultura. Ahí está casi siempre, le convidan mates y bizcochitos de grasa y le tiran de la lengua. Él habla. Entonces lo graban. Tienen cientos de cassetes con su voz. Los de la Casa de la Cultura están apurados; no quieren que se les muera sin que haya dicho todo.

Julián no pudo ir ese día a la Casa de la Cultura, porque ya era tiempo de volver al campamento.

En el camino de regreso Carla le contó gran parte de su vida, desde los 17 años hasta los 27. Julián la escuchaba sin poder decir palabra. Faltaban pocos años para el presente cuando vieron a lo lejos las tres carpas, junto a una fogata. Al disminuir la velocidad el motor hizo un ruido raro; no entendían nada de autos y no les preocupó.

Esa noche comieron fideos con tuco, y brindaron en vasos de plástico por el éxito de la expedición.

El primer día no encontraron nada.

El segundo día se produjo el hallazgo de una osamenta. Carrá fue el afortunado: a golpe de pala desenterró los huesos de una oveja. No estaban fosilizados.

El tercer día tampoco encontraron nada, pero pasaron varias cosas: Lagos cayó por una pendiente y se lastimó levemente una pierna, la camioneta roja, que había hecho un ruido raro, terminó por descomponerse, y el grupo tuvo una baja.

Fue Carrá.

Había ido al pueblo a hablar por teléfono. Así se enteró, hablando con su madre, que daba gritos de alegría, que le habían dado una beca para viajar a Canadá. Tenía que salir en unos pocos días más. Carrá, que vivía con su madre, le reprochó que se alegrara tanto por la partida de su único hijo al extranjero: ella le explicó que lejos de sentirse aliviada por su futura ausencia, estaba feliz por lo que eso significaba para su carrera.

Julián había acompañado a Carrá al pueblo, para poder ir hasta la Casa de la Cultura. Estaba a dos cuadras de la oficina telefónica. Tenía una vidriera que daba a la calle donde se mostraban algunos artículos regionales cubiertos de polvo, una

edición del Martín Fierro con las tapas hechas de corteza de árbol (con líquenes y hasta un clavel del aire) y numerosas obras (cuentos, poesías, ensayos, aforismos) de un tal Rogelio Furman.

Detrás de un escritorio había un hombre hablando por teléfono. Tuvo que esperar que terminara de conversar para que lo atendiera. Cuando le explicó lo que buscaba, el otro le tendió la mano y se presentó:

—Rogelio Furman, para servirlo. Soy el Presidente de la Casa de la Cultura. Y le adelanto: en cuanto encuentren un dinosaurio, hago un libro sobre el tema. Tener un cementerio de dinosaurios por aquí le puede dar impulso a la región, ¿no cree?

Lo llevó hasta el fondo del local. Había un mueble de madera oscura con muchos estantes, todos ellos llenos de cassetes. En el lomo de cada uno había varias palabras escritas a mano.

—Hace tiempo que grabamos a Santiago Marón, para que toda esa memoria no se pierda con su muerte. Hemos logrado grandes resultados. Casi reconstruimos el nacimiento del pueblo, cuando Marón era apenas un chico. Le preguntamos de todo, desde los nombres de los intendentes o los párrocos de la iglesia, hasta los circos o las ferias que pasaban por aquí, o los chismes de amoríos. Todo. Y cuando hayamos terminado desgrabaremos todo este material y escribiremos la historia completa de este pueblo. —Furman se puso a revolver en un cajón hasta que sacó un cuaderno con índice, de tapas negras. Fue pasando las hojas velozmente—. En este cuaderno están todos los nombres, los hechos, las catástrofes mencionadas por Marón. Pero no, lamentablemente no hay ningún Balmes.

—¿Y dónde puedo encontrar a Marón?

—En la cancha de bochas. Pero no puede ir solo.

—¿Por qué no? —preguntó Julián mientras veía que Furman preparaba un viejo grabador y algunos cassetes.

—A medida que Marón habla, sus recuerdos desaparecen. Todo se va borrando en el esfuerzo que hace la memoria. Si Marón le habla a usted de Balmes, nosotros nunca más podríamos escuchar ese nombre en sus labios, ¿comprende?

Caminaron hasta la plaza. En la cancha de bochas, junto a los bancos de piedra, tres hombres jugaban. Dos de ellos estaban discutiendo por la posición de una de las bochas.

—Señor Marón —dijo Furman, llamando a uno de los que se peleaban—. Venga a conversar un poquito.

Los tres se sentaron en el banco de piedra. Furman encendió el grabador y probó si había grabado: la cinta repitió los gritos de los chicos que venían de los juegos. Marón miró extrañado a Julián.

—Es tan raro que alguien me venga a hablar de Balmes... Fue hace tanto tiempo. —Hizo un gesto con la mano y se pasó la mano por la frente—. Balmes buscaba

dinosaurios, lo recuerdo bien.

—¿Y encontró algo? —preguntó Julián.

—¿Quién sabe? Él había venido de Buenos Aires. Escapaba de algo, no me acuerdo muy bien de qué, si de un matrimonio forzado o de la policía.

—¿De la policía? ¿Está seguro?

—Motivos políticos. Anarquismo, quizás. Pero no sé si era él, no sé si no me lo estoy confundiendo. De lo que estoy seguro es de que buscaba dinosaurios y de que tenía la idea de simular su muerte y salir del país. Quería cruzar la cordillera, rumbo a Chile.

—¿Y qué pasó? ¿Pudo hacerlo?

—Oh, no, creo que no pudo.

—Conozco a su hermana, y cree que murió. ¿Es posible que se haya ido del país, y que también la haya engañado a ella?

Marón movió melancólicamente la cabeza.

—Oh, no, no, está muerto. Eso es seguro. No supe de qué murió, pero sé que está muerto.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque vi su tumba; una piedra con su nombre, en la estancia La Sombra.

Julián habló un tiempo más con Marón, pero no pudo conseguir más datos. Nada de excavaciones, hallazgos, dinosaurios puestos a la luz por Balmes. Pensó que, al menos iría a La Sombra para sacar una foto de su tumba.

Marón volvió al juego. Un contrincante hizo un tiro y de inmediato se iniciaron nuevas discusiones.

—Augusto Balmes acaba de ser borrado de su cabeza —dijo Furman señalando al viejo—. Cuando terminemos nuestro trabajo, no le quedará ni un solo recuerdo. Y nosotros tendremos tantas cintas que nadie se atreverá a desgrabarlas. La historia del pueblo no se podrá leer, habrá que oírla.

Cuando llegaron al campamento Carrá, henchido de orgullo, contó lo de la beca. Los otros tres lo felicitaron, mientras la luz dorada de la tarde le daba a la cara de Carrá una apariencia de bronce. Después lo vieron dirigirse a una de las carpas para empezar a hacer su equipaje.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Carla.

—Me voy —respondió sonriente Carrá—. Tengo muchas cosas que hacer en Buenos Aires antes de irme.

—Pero faltan cuatro días para que levantemos la expedición —dijo ella.

—No puedo esperar. Ya está, ya gané la beca, no me sirve de nada seguir trabajando en esto.

Y siguió metiendo cosas en su bolso.

Todos lo miraron a Ferrán, a ver qué decía. Pero no dijo nada. Si tenía una opinión, la calló. Simplemente fue hasta donde estaba Carrá y trató de ahorcarlo.

Carrá daba gritos espantados mientras Lagos y Julián trataban sin demasiado convencimiento de separar las manos del profesor del cuello del flamante becado. Al final Ferrán desistió.

Carrá explicó, con la voz temblorosa, que la decisión la había tomado apenas recibió la noticia, y que hasta había ido a la estación de micros a sacar el pasaje. Pidió que al día siguiente lo llevaran al pueblo.

—¿O van a tenerme acá secuestrado? —preguntó.

—Cuanto antes se vaya, mejor —dijo Ferrán.

—No pierdo nada por irme cuatro días antes. ¿Qué es esto?: Una expedición organizada por un viejo loco que cree que los dinosaurios se extinguieron diez millones de años después. Un fracasado, nada más que un fracasado.

Lagos lo hizo callarse, bajo la amenaza de no llevarlo al pueblo al día siguiente.

El cuarto día tampoco encontraron nada. Lagos aprovechó el viaje para preguntar en un taller mecánico cuánto saldría arreglar el acelerador de la camioneta. Volvió al campamento con la cifra.

—No vamos a poder pagarlo —dijo Ferrán, que llevaba en una libreta anotaciones de los gastos.

—¿Entonces?

—Vamos a volver sin la camioneta roja, a menos que llegue el dinero de los Estados Unidos y desde el museo nos lo giren hacia aquí. —Suspiró, desalentado—. Tenemos un investigador menos y una camioneta menos. —Miró su reloj—. Dentro de algunas horas Carrá estará hablando mal de mí a algunas personas que conozco. Cuando vuelva con las manos vacías, me darán a elegir entre jubilarme o el despido.

A la mañana del quinto día unos peones a caballo se acercaron para ver si necesitaban algo. Trataban de hablarles con respeto pero no podían evitar las sonrisas: buscar dinosaurios donde no había más que ovejas. A la tarde, mientras se detenían a descansar un poco y tomaban mate, los cuatro parecían miembros de una pequeña comunidad fundada en el desaliento.

Julián insistía de tanto en tanto en que fueran a buscar a La Sombra. Ferrán prometió que cuando ya no quedara nada más que hacer ahí, darían una vuelta por la estancia vecina.

Esa noche a Julián le costó dormir. Salió a caminar un poco por afuera. Aunque no encontraran nada, pensó, para él eso no sería un fracaso. Tenía algo de aventura; no gloriosa, llena de peripecias y coronada por el triunfo, sino una aventura que incluía el cansancio y el desencanto, pero sobre todo la obstinación.

Oyó un movimiento a sus espaldas y vio a Lagos que se intentaba mudar a la

carpa de Carla. Lo vio volver a la suya segundos después, murmurando algo por lo bajo.

El quinto día buscaron desde el amanecer hasta la noche, deteniéndose apenas para comer. Ferrán y Carla avanzaron hacia el sur mientras Lagos y Julián se fueron hacia el oeste, Carla aseguraba que la próxima vez que participara, llevaría con ella a una bruja, que le diría: AHÍ.

Tampoco pasó nada el sexto. Esa noche, mientras terminaban con un kilo de manzanas, los tres paleontólogos decidieron que era hora de darle una oportunidad a las cartas que Augusto Balmes había escrito sesenta años atrás. Las leyeron en voz alta, llegaron a la conclusión de que no había en ellas ni una sola prueba de que Balmes hubiera descubierto algo, pero que, de todas maneras, no había ya nada que perder.

Después tomaron café instantáneo y Lagos recitó con profusos ademanes el poema de la última carta.

El último día de la expedición Ferrán y Lagos retomaron la búsqueda en el punto en donde habían dejado, y Carla y Julián fueron en una de las camionetas a la estancia La Sombra.

Estuvieron a punto de perderse en un cruce de caminos, pero antes de que tuvieran tiempo de preocuparse leyeron en un cartel de chapa clavado en una tranquera rota: La Sombra.

Entraron en el camino que llevaba a la estancia. En el lugar no había nada: ni perros, ni gente, ni ovejas, ni molinos que giraran. No había movimiento. Viajaban callados, mirando hacia los costados.

Llegaron al casco de la estancia: un caserón al que el viento había deshecho de a poco, año tras año. La camioneta se detuvo junto a la puerta, que había estado pintada de verde.

Carla dio una vuelta a la casa, mientras Julián probaba si había una ventana abierta. La escuchó gritar y corrió hacia ella: había encontrado el esqueleto de un caballo, tumbado sobre la tierra, casi tocando la pared.

Julián encontró un postigo roto y haciendo fuerza, logró abrir la ventana. La luz entró en la casa que había estado cerrada por años. Entonces fue él el que gritó: un murciélago pasó a su lado, casi rozándole la cara.

Espiaron adentro. La casa estaba vacía, salvo un sillón, cubierto con una sábana. En el suelo se había juntado tierra de años, revoque, insectos muertos.

Mientras miraba, Julián imaginó el fantasma de Balmes viviendo en la casa, paseando por los cuartos vacíos, subiendo las escaleras hacia el altillo. Entonces algo se movió adentro y Julián se puso pálido.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.
—Nada —dijo él—, me pareció...
Era otro murciélago, sorprendido por la luz.

Dejaron la casa y buscaron por los alrededores. Cerca del camino vieron, a los lejos, una piedra y Julián corrió hacia allá mientras Carla le gritaba que esperase.

Llegó a los pies de la roca, que estaba cerca de unos altos colihues. Alguien se había tomado el trabajo de tallar sobre la roca un nombre.

AUGUSTO BALMES

—Acá está —dijo, hablando consigo mismo—. Lo fui siguiendo y lo encontré.
¿Y ahora?

Se apoyó en la roca. Carla llegó hasta él, miró la piedra y se sentó en ella.

—El hombre de las cartas, por fin —dijo ella—. ¿Ves algún dinosaurio cerca?

El terreno que los rodeaba era inmenso. Aunque hubieran tenido tiempo para buscar, les hubiera llevado meses.

Y Julián se dio cuenta que ni siquiera había traído la máquina de fotos.

Cuando volvieron al campamento le contaron a los otros lo que habían encontrado: la casa, la tumba. Ferrán y Lagos habían estado trabajando hasta ese momento y estaban llenos de tierra.

Le tocaba cocinar a Julián. Puso en una de las olla una lata de tomates, una de lentejas, los últimos fideos, dos papas grandes y el resto de la comida que había sobrado del mediodía. El resultado fue una especie de guiso que los otros devoraron. Después abrió una lata de duraznos con almíbar —la última—.

—No solamente voy a llegar y me van a echar, sino que además voy a tener que volver a buscar la camioneta del museo —protestaba Ferrán. No parecía de mal humor a pesar de las quejas.

—En una semana no se podía hacer nada —dijo Carla—. Ya encontraremos otros dinosaurios.

—Ustedes, yo no. Esta es mi última expedición. Voy a pasar a la historia de la paleontología en el capítulo «Excentricidades», junto a todos los que dicen que a los dinosaurios los mataron los marcianos, o se los comieron las hormigas, o que todavía existen escondidos en el centro de la Tierra. Cuando ustedes se acuerden de mí van a decir «¿Ese viejo loco? Ah sí, investigué con él. Buscaba el último dinosaurio, pobre».

—El último dinosaurio, que soy yo mismo —Lagos recordó, riendo, el verso de Balmes.

—¿Y si lo que hubiera querido ese loco es que llegáramos a su tumba? —

preguntó Carla.

—¿Cómo?

—Toda esa historia de los dinosaurios, ¿a dónde nos lleva? A su tumba, nada más, que fue lo único que encontramos. El poema lo dice: el último dinosaurio es él. Uno busca al fósil, ¿y a quién encuentra?, a Augusto Balmes —dijo Carla. Iba a seguir con su teoría, pero la conversación se desvió.

Tomaron mate hasta muy tarde. Lagos conocía una infinidad de chistes malos. Era el único que se reía.

El galope de un jinete que se acercaba los sobresaltó. El ruido de los cascos, que sonaba amenazante, destruyó en un segundo la sensación de protección que daban las voces, las carpas, el fuego, la intimidad, y les recordó que estaban solos en la llanura.

Era un solo jinete. No lo vieron hasta que estuvo junto a ellos. El caballo manchado parecía inquieto. El hombre se sacó el sombrero e inclinó la cabeza. Era difícil adivinarle la edad, pero podía pasar los setenta: eso sugerían el cabello y el bigote blancos. Llevaba un poncho raído.

—No quisiera molestarlos —dijo—, ¿pero alguno de ustedes anduvo por La Sombra?

Carla, asustada, iba a decir algo pero no pudo; se escuchó la voz tranquila de Ferrán.

—Estuvimos explorando por ahí. Buscamos fósiles.

—Encontré una ventana abierta.

—Apenas la tocamos se abrió —dijo Julián.

—No es ese el problema. Es que hay gente de por acá que cree que en esa casa hay espíritus. Por eso es mejor no acercarse. Aparece una ventana abierta y después la gente habla hasta el día del juicio.

Ferrán le pidió al hombre que se apareara.

—¿Qué historias corren sobre esa casa?

—Una muy vieja, muy, muy vieja. Antes de que la casa quedara vacía —dijo—. Es sobre un hombre que busca unos huesos.

DICEN QUE EL
FANTASMA DEL
HOMBRE ENTERRADO
EN LA SOMBRA
SALE CADA NOCHE...



A BUSCAR LOS HUESOS
DE UN MONSTRUO
PARA REVIVIRLO.
Y CAVA Y CAVA...



A VECES LO
ENCUENTRA,
PERO NO
TERMINA DE
DESCUBRIRLO...

PORQUE EL
VIENTO, DE DÍA,
VUELVE A TAPAR
LOS POZOS,
Y A LA NOCHE
SIGUIENTE
EL FANTASMA
DEBE
RECOMENZAR.

PERO A VECES, BAJO
LA LUNA LLENA, LOS
HUESOS SE VEN DURANTE
ALGUNAS HORAS, Y
BRILLAN A LO LEJOS.
Y ASUSTAN.

El hombre aceptó unos mates.

—¿Y usted cree en esa historia? —preguntó Lagos.

—De día no —le contestó—. ¿Van a estar mucho más tiempo?

—Mañana nos vamos.

—Qué pena. ¿Y encontraron algo?

—Nada.

—Qué pena —repitió, y montó. Se escuchó un ladrido a lo lejos.

El hombre saludó y se alejó despacio. Pronto desapareció en la noche sin luna.

La salida del sol despertó a Ferrán y a Lagos, que empezaron a preparar las cosas para la partida. Una hora después se levantaron Carla y Julián. Prepararon unos mates y buscaron los últimos bizcochos.

Al terminar desarmaron dos de las carpas y las metieron en las bolsas. Cuando Julián se acercó a la tercera Ferrán lo detuvo.

—Estoy cansado. No puedo empezar a manejar ahora. Váyanse ustedes.

Lagos había enganchado a una de las camionetas el vehículo descompuesto, para llevarlo hasta un taller mecánico y dejarlo ahí.

—Yo me voy —dijo—. ¿Quién viene conmigo, Carla o Julián?

Julián tomó una máquina de fotos.

—Me voy con el profesor, porque quiero pasar antes por La Sombra, para sacarle una foto a la tumba de Balmes. Después de tanto viaje, quiero al menos tener eso.

—Entonces me esperan horas y horas de discusiones —dijo Carla. Lagos iba a defenderse pero Julián les pidió a todos que se pusieran juntos para una foto. Después Ferrán le sacó a él con los otros dos.

Se saludaron con abrazos.

—¿Qué le digo a los del taller? —preguntó Lagos.

—Que alguien va a pasar a buscar la camioneta.

—¿Cuándo?

El profesor se encogió de hombros.

Carla y Lagos partieron hacia Buenos Aires.

Ferrán entró en la carpa y durmió dos horas. Julián terminó de poner las cosas en la camioneta y dio una larga caminata, despidiéndose mentalmente del lugar. Pensó que le iba a ser difícil volver a participar de una expedición: ya nadie creería la historia de sus cartas.

Como el profesor seguía durmiendo, sacó un cuaderno de apuntes y trató de escribirle una carta a Cecilia. No pasó de la tercera línea. Le costaba hacerlo: le pareció que vivían en mundos distintos y que no tenía mucho sentido mantener una charla con papeles tontos llenos de estampillas y llevados en aviones de un lado a otro. Si volvían a verse, entonces conversarían. Se acordó de la espalda de Cecilia, de sus hombros, de su boca: ¿cómo podía tocarla por carta? Y hablar de eso en una carta lo hacía sentir como un escritor de novelas pornográficas por entregas.

En esa libreta de apuntes él había ido anotando lo poco que se había enterado de

Balmes. Agregó lo que había contado el hombre que había aparecido a la noche. No había ningún dinosaurio, solamente retazos de historias, recuerdos casi borrados, supersticiones.

Se quedó pensando en lo que había dicho Carla: la idea de que Balmes se veía a sí mismo como el último dinosaurio, y quizás sabiendo que iba a morir, dio de alguna manera pistas que en lugar de llevar a los fósiles, llevaban a su tumba.

El último dinosaurio es Augusto Balmes, pensó. Uno cree buscar un dinosaurio, lee cartas viejas, repasa historias olvidadas y al final del camino en lugar del fósil hay una tumba. Balmes me hizo trampa. No quería que encontrara al dinosaurio, sino a él.

Se agachó a recoger un ramillete de flores diminutas y amarillas para dejar en la tumba de Balmes. «Soy el último dinosaurio de este mundo», dijo para sí, recordando los versos de Balmes.

Entonces se detuvo en seco y no se dio cuenta que las flores resbalaron de su mano.

Se le había ocurrido una idea, y fue a despertar al profesor.

Pusieron en la camioneta las últimas cosas que quedaban y emprendieron el camino a La Sombra. El día estaba nublado. La tranquera rota golpeaba contra el alambrado, empujada por el viento. Pasaron junto al molino, y después al lado de la casa. La osamenta del caballo seguía custodiando la puerta trasera. Ferrán paró el motor, y antes de visitar la tumba quiso dar una vuelta alrededor de la casa.

Después llegaron hasta la piedra.

No hablaban.

Julián puso un nuevo rollo en la máquina y le sacó una foto al profesor. En la foto salieron con claridad todas las dudas del profesor Ferrán, escritas en su frente y en sus ojos asustados, como si fuera una máquina de leer pensamientos.

Después el profesor le tomó una foto al muchacho, que le sonreía a la cámara, mientras mordía una hoja de eucalipto.

Julián bajó dos palas de la camioneta y le tendió una al profesor, que no la tomó.

—No podemos —dijo—. Lo estuve pensando. Si nos equivocamos, y es seguro que nos vamos a equivocar, entonces...

—Hay que unir los hilos —lo cortó Julián—. Balmes planeaba darse por muerto y salir del país, cruzar la cordillera. Pero imagínese que antes haya encontrado el dinosaurio realmente. Al escribir la carta quizás puso en lenguaje cifrado su plan, a lo mejor a propósito, a lo mejor sin darse cuenta. Está todo ahí, en el último verso. Él escribió eso: Soy el último dinosaurio. Eso quiere decir: el último dinosaurio lleva el nombre de Balmes —señaló con el pie la tumba.

Ferrán tomó la pala. La apretó con fuerza, como si fuese demasiado pesada.

—Es una locura —dijo—. Parecemos ladrones de tumbas de una película de terror.

—¿Le gustan las películas de terror, profesor? —Ferrán negó con la cabeza—. Son mis preferidas. Pero las viejas, las de Vincent Price, Bela Lugosi, Boris Karloff...

Había empezado a cavar. La pala apenas se hundía en la tierra dura.

—Bueno —dijo Ferrán—. Prometí llegar hasta el fin y esto es el fin.

Más nubes oscuras llegaban desde el sur, y pronto cayeron las primeras gotas.

Trabajaron durante una hora a un costado de la lápida. El foso se agrandaba de a poco, porque la tierra era dura. Cuando la lluvia se hizo más fuerte, ya no bastaron los trajes de agua, y se refugiaron en la camioneta. Apenas amainó volvieron al trabajo.

—Si alguien nos ve, ¿qué hacemos? —preguntó el profesor.

—No se preocupe, no va venir nadie. Mire este lugar: es el fin del mundo.

Los montículos de tierra, ya convertidos en barro, se hacían más grandes a los lados del foso.

—Si hay un ataúd ya tendría que aparecer —dijo Ferrán.

De pronto dio un grito apagado. Julián lo miró pero una ráfaga de lluvia lo encegueció. El profesor había salido de la fosa y parecía dispuesto a comenzar a rellenarla de inmediato.

—El ataúd —dijo, clavando la pala en la tierra removida.

Julián se acercó a mirar lo que había encontrado Ferrán. Bajo la lluvia las cosas dejan de ser precisas; tuvo que agacharse para tratar de distinguir algo en la fosa inundada. Dejó la pala y cavó con las manos hasta sentir el frío en sus dedos —un frío de millones de años—.

Dio un grito. El profesor, escéptico, bajó a mirar. No era un ataúd. Era la vértebra de un dinosaurio.

Lo que vino después —días, meses más tarde— no importa, o importa menos que el instante del hallazgo. El paciente trabajo de los paleontólogos, descubriendo una por una las piezas de aquel rompecabezas, desprendiendo con ácidos los restos de arcilla; el lento armado del esqueleto en salas subterráneas del museo; las réplicas empacadas en cajas gigantes y enviadas a Canadá y a Estados Unidos por avión; las pruebas de laboratorio y las teorías. (En un informe de laboratorio Ferrán leyó que el fósil tenía menos de 65 millones de años, por lo tanto, si quería, podía llamarlo el último dinosaurio).

Ya exhumado no era más, para Julián, que uno más en la fila de esqueletos descubiertos, llenos de noticias del pasado, letras de piedra de un alfabeto que no terminaba de completarse.

Pero en el momento en que él supo que ahí estaba, en ese instante el dinosaurio fue único. (Nunca antes se había descubierto ninguno, nunca después se lo

encontraría: era ese y nada más). Fue uno de esos momentos para los que se vive, aunque esperen escondidos y nada sepamos de ellos. Y que son como altillos llenos de cosas (para Julián hubo caras y entre ellas la de una novia que había tenido a los nueve años, aunque nadie le creyera que eso era amor verdadero; juguetes perdidos; la sangre que le salió de la boca cuando se peleó por primera vez; caminatas eternas con amigos, por la ciudad en la noche; un cuento en la voz de su padre que de alguna manera terminaba con el hallazgo de un dinosaurio). Pero las cosas que poblaban ese instante estaban ordenadas y eran claras y de ahí en adelante le pertenecían de verdad.

De regreso comieron en una fonda algún guiso extraño, pararon en un motel, durmieron en camas heladas y se despertaron poco después del amanecer. La persiana de la habitación estaba rota y el cuarto se llenó de luz.

En el camino a Buenos Aires Julián escuchó los programas que le gustaban, pero pronto se aburrió de la radio. Una y otra vez comentaban el descubrimiento y miraban las fotos que se habían sacado junto a la fosa, aunque apenas se veía del fósil alguna mancha gris. Ferrán había estado saltando y gritando durante media hora, y Julián gastó en él las últimas fotos, que habían salido movidas. El traje de agua amarillo del profesor parecía derramado sobre el papel.

Después del almuerzo —apenas unos *sandwiches*, con los últimos billetes que quedaban—, Julián empezó a tener sueño. Le contó al profesor, entre bostezos, que de chico había perdido a su dinosaurio de plástico favorito, que era rojo, porque lo había enterrado en algún punto del jardín de su casa y nunca había recordado el lugar. Mientras caía dormido, la cabeza contra la ventanilla que vibraba, oyó o soñó la voz del profesor diciéndole que ése era su dinosaurio, y La Sombra su jardín, y que sólo son verdaderas las aventuras que empiezan en la infancia.



PABLO DE SANTIS. Nació en Buenos Aires en 1963. Ha sido guionista y jefe de redacción de la revista argentina *Fierro* y ha trabajado como guionista y escritor de textos para programas de televisión. Su primera novela *El palacio de la noche* apareció en 1987 a la que le siguieron *Desde el ojo del pez*, *La sombra del dinosaurio*, *Pesadilla para hackers*, *El último espía*, *Lucas Lenz* y *el Museo del Universo*, *Enciclopedia en la hoguera*, *Las plantas carnívoras* y *Páginas mezcladas*, obras en su mayoría destinadas a adolescentes.

Su novela *El enigma de París* fue ganadora del Premio Iberoamericano Planeta-Casa de América de Narrativa 2007.